

de peste en Londres, que refleja, entre otras cosas, una visión satírica y costumbrista del «mundo al revés», como el título mismo señala. Tras una presentación biográfica de Brome (discípulo de Ben Jonson y que, con él y con Shakespeare, presenta la obra una serie de parentescos, producto de los gustos del público de entonces) y un resumen del contenido de *The Antipodes* (la curación de unos enfermos mentales mediante la representación ante ellos del mundo de los antípodas, seres absurdos que se comportan física y mentalmente al revés), Michel Bitot conecta el tema de la locura con el del «mundo al revés» y establece la función que los mismos desempeñan en la obra.—ANTONIO CASTRO DIAZ (*Miguel del Cid*, 24. SEVILLA-2).

EL CUENTO INDIGENA

De acuerdo a un criterio generalizado, debo decir que el cuento indígena es uno de los géneros de la literatura indígena, entendiendo por tal, la que es creada por aborígenes. A este respecto, cabe recordar la definición dada por Eulogio Frites: «Indígenas son los habitantes originarios de un lugar que comparten un pasado, un presente y un futuro común, que tienen conciencia de ser indígenas, hablan la lengua de sus antepasados o conservan su patrimonio cultural y son reconocidos como tales por los miembros de su pueblo y por los extraños»¹.

Una cosa es el indigenismo literario y otra cosa es la literatura indígena, así como es diferente la casa que edifica un indio de los Andes, utilizando materiales de la zona; de la que construye un habitante de la ciudad, quizá con materiales muy parecidos e imitando la forma de la casa indígena. Aquella humilde vivienda expresa algo. Por eso no la llamo tampoco literatura indigenista, porque entiendo que el indigenismo como tal es una visión política de la cultura.

Yo hablaré en adelante del grupo indígena argentino denominado coya o colla, poblador del Noroeste argentino, al cual pertenezco y al que mejor conozco, pero haciendo constar que muchas de las situaciones descritas son comunes a otros núcleos aborígenes.

Entre los collas, el cuento ha existido desde tiempos precolombinos, pero no quedan testimonios escritos, ya que hasta la época actual la transmisión se ha hecho oralmente. Una encuesta realizada por el Con-

¹ EULOGIO FRITES: Segunda Conferencia Mundial de Pueblos Indígenas. Kiruna. Suecia, 1977.

sejo Nacional de Educación recopiló varios de ellos, mediante los maestros.

Entre los recuerdos de mi infancia están los cuentos que mi madre me contaba en quechua y que, ya adulto, volví a escuchar de labios de mis hermanos collas, reunidos alrededor de los fogones de las cocinas; historias en las cuales el hombre, la naturaleza, los animales, los objetos y lo sobrenatural se mezclaban en un universo alucinante y grandioso como el paisaje que nos rodeaba.

Con el tiempo, sentí la necesidad de crear a mi vez, trasladar al papel los sucesos que veía a mi alrededor; así, traté de ir mostrando en mis cuentos brochazos de la realidad de mi pueblo, de sus alegrías y tristezas, con el único propósito de expresarme y dar a los demás un mundo al cual escaparse.

Pero me di cuenta que yo no podía hacer cuentos al estilo de los que había escuchado de mi madre o de los otros collas; no podía imaginar animales que hablasen, muertos que se condenaran o montañas que tuvieran puertas. La vida diaria tenía cosas tan fantásticas como aquéllas: objetos luminosos que atravesaban el cielo lenta o velozmente, hombres caminando en la Luna, vehículos aéreos y terrestres que transportaban a miles de kilómetros, cajas misteriosas de las que surgían voces e imágenes.

Esa irrupción de la tecnología en nuestro mundo de montañas inmutables y costumbres ancestrales, lo conmovía y hacía vacilar. El cine, la radio, la televisión y la literatura como expresiones de una cultura de consumo, más que como vehículos culturales, golpeaban con particular fuerza a mis hermanos indios. Los jóvenes, al enterarse de la vida en las ciudades se iban y no volvían nunca más. Otros nos quedábamos; nos sentíamos más contentos en nuestra tierra, y sentíamos que nos necesitaba como nosotros a ella.

Vivían entre nosotros hombres y mujeres que no eran collas, empleados y comerciantes que sólo trataban de ahorrar dinero e irse. Raramente uno que otro se quedaba a vivir entre nosotros, pero tarde o temprano él o sus hijos se iban.

También llegaban de cuando en cuando hombres y mujeres instruidos, con cámaras fotográficas y grabadores, que nos hablaban amablemente, trataban de acercársenos y luego de unos días desaparecían para siempre. Luego me enteraría que eran antropólogos, en altas posiciones económicas y académicas, alcanzadas gracias a las descripciones de nuestras vidas y tragedias.

Sobre todo eso y mucho más, escribía, y aprendí que era diferente el contar de viva voz una historia y el pretender narrarla por escrito. En este último caso, debía suprimir muchos recursos del narrador oral,

tales como los ademanes, las onomatopeyas, los gestos y las entonaciones de voz, para reemplazarlas por un vocabulario más elaborado, una sintaxis depurada y una puntillosa ortografía.

Todo eso descartaba de plano el quechua como idioma de mis cuentos e imponía un dominio perfecto del castellano, y allí lo paradójal: yo indio, para comunicarme con el resto del mundo debía perfeccionarme en el idioma de los conquistadores de mi pueblo. Seguramente los reyes de España, cuando recibieron de manos de Nebrija su *Gramática*, no imaginaron que dotaban a su Imperio de la más persistente y penetrante herramienta de dominación.

Por supuesto que yo había tenido la suerte de asistir a la escuela primaria y luego a la secundaria, donde me recibí de maestro; además, me gustaba mucho leer, y leía todo lo que caía a mis manos, muy poco al principio, ya que mis padres eran analfabetos.

Me satisfacía ver que mis cuentos les gustaban a los collas y a los que no lo eran. También noté que mis relatos no caían bien entre ciertas personas, por lo general collas que tenían cierta instrucción, ocupaban buenos puestos o vivían en la ciudad. Ellos me reprochaban el «estar divulgando hechos que mejor habría que tener guardados» o «por qué escribía esas cosas de indios, ya que los de afuera iban a creer que todos éramos salvajes en Jujuy», o peor aún, «falta a la verdad, esas costumbres y esas gentes no existen».

Entonces aprendí que hay quien se avergüenza de ser indio o descender de indígenas. No hay peor enemigo del aborigen que esa especie de renegado, ya que combate con saña todo lo que le recuerde su origen y procurará convencer a todos los que le rodean, de que él no tiene nada que ver con los indios y que los indígenas ya no existen en el lugar del que es oriundo.

Por supuesto, estos individuos son los mejores aliados de los que menosprecian al indio y buscan su extinción. Referente a esto, la Declaración de Barbados dice, entre otras cosas: «La política indigenista de los estados latinoamericanos se orienta hacia la integración, pero entendiéndose por ella la destrucción de las culturas aborígenes, y busca la manipulación y el control de los grupos indígenas en beneficio de las estructuras existentes»².

Estando en esa tarea de creación, caí en cuenta de que en realidad yo era indígena. Esto, que parece una perogrullada, en realidad me costó mucho, ya que yo hasta entonces era indio de condición, pero no de convicción. Inclusive en mis años de maestro rural ayudé a ani-

² Declaración de Barbados. Simposio de Antropólogos e Indigenistas. Barbados (Indias Occidentales).

quilar el idioma de mis mayores, al castellanizar por la fuerza a mis alumnos, labor sistemática que prosiguen los maestros de mi tierra. Y no sólo el idioma aborigen debe ser extirpado, sino hacer desaparecer costumbres, tradiciones, toda una forma de vida, con la muletilla: «No hagan eso; es cosa de indios», hasta conseguir que el descendiente de una raza primigenia se avergüence de su condición, procure asemejarse lo más posible al europeo y abandone una tierra a la que ha perdido afecto.

Entonces viene el despoblamiento, con todas sus consecuencias. Por eso uno de los problemas argentinos es la falta de habitantes autóctonos en el Sur y en sus fronteras.

Me recordaba ese sueño que inquietó tanto a Descartes, en el que veía un libro abierto con un verso de Ausonio: «¿Quo vitae sectabor iter?» «¿Cuál será el camino que en mi vida debo seguir?» Entonces se le apareció un caballero con un papel donde estaba escrito: «Est et non», o sea, «Sí y no». «Sé y no seas».

En esa ambigüedad castradora pienso que no debemos caer los que somos indígenas. Para nosotros, seamos la mayoría o la minoría latinoamericana, sólo debe haber una respuesta: —No somos europeos, sí somos indígenas. Constituimos lo más antiguo de América y correspondemos a su origen.

Hecha esta profesión de fe, todo es más fácil. Entonces nuestra cultura no tiene que simular ser europea, ni simular ser india. Sólo tiene que ser lo que es: americana.

Luego me daría cuenta que con todo esto en realidad yo buscaba un sentido definido de identidad. Como tantos de mis hermanos collas, era un punto de interacción entre dos grupos étnicos. Como resultado, nosotros, gente de la cultura subordinada, sentíamos inseguridad y subestimación. La cultura predominante nos menospreciaba, y esa creencia sobre superioridad o inferioridad formaba una barrera al desarrollo, invisible, pero efectiva, ya que el desprecio de nuestra propia identidad cultural ocasionaba apatía.

Pero noté que el cultivar el cuento como expresión literaria al desatar mi creatividad lograba el conocimiento de mi propio espíritu, la mayéutica. Me asumí como indígena y ya con una forma de ser surgió una enorme fuerza. Allí aprendí otra lección importante: el indígena seguro de sí mismo adquiere tal confianza que le permite crear en su propio idioma, especialmente en el campo de la poesía. Al verse uno mismo y aceptarse tal como es, ya no es necesario establecer la antinomia indio-europeo para crear libremente.

Después me enteré que una declaración oficial expresaba esto más

ampliamente, diciendo: «El desarrollo endógeno depende de una recuperación de la iniciativa que esté basada en la afirmación de la identidad cultural. Porque si la cultura es lo que hace que el hombre tome conciencia de sí mismo y determine sus opciones y su acción, es también lo que responde a su aspiración a la dignidad, cuya percepción a nivel de los Estados hace de la dignidad nacional una exigencia fundamental de la acción colectiva en favor del desarrollo. El arraigo a sus valores culturales haría posible que los pueblos recuperasen la confianza y las motivaciones necesarias para la tarea de innovación que impone el desarrollo»³.

Advertí entonces que el progreso no se basa únicamente en los aspectos económicos de la existencia, ni en la promoción técnica. La identidad cultural parece ser primordial para una comunidad que desea generar, participar y tener fuerza de decisión en sus propios procesos de cambio y desarrollo. Por eso los programas gubernamentales no logran la participación del indígena, ya que no respetan su cultura ni comprenden su mentalidad. Opino al respecto: tenemos el derecho—que nadie nos puede quitar—de ser protagonistas de nuestro propio destino.

Procuró también apartarme de ese trasfondo que se señala en una de las obras maestras de la literatura argentina. José Hernández escribe el *Martín Fierro* como un lamento contra la condición del gaucho, con el fin de terminar con esa condición, que es el gaucho mismo. No pretendo usar mis cuentos sólo como un instrumento para plantear el problema del indio y ponerle término, ya que la desaparición del indígena no es ninguna solución. Entre las palabras más sabias que pronunció el Mahatma Gandhi están éstas: «La India tiene que vivir en un clima, dentro de un marco y según una literatura que sean propias, suyas; aún cuando no valieran tanto como el clima, el paisaje y la literatura de Inglaterra»⁴.

Yo, que pertenezco a una generación donde todavía tenemos muy cerca el pasado y ya empezamos a avizorar la brevedad de nuestro futuro, opino que ese es el valor de nuestra literatura. Tal vez, de acuerdo a los cánones occidentales, no tenga mucho valor estático; pero, igual que esos santos campesinos pintados por los imagineros collas, tienen el valor de que son obras de devoción, porque expresan la fe sencilla de su creador.—SIXTO VAZQUEZ ZULETA (*Museo Folklórico. Avenida San Martín, 55. 4630 HUMA HUACA. Argentina*).

³ Declaración. Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales en América Latina y el Caribe.

⁴ MAHATMA GANDHI: *Todos los hombres son hermanos*. Sociedad Educación Atenas. Madrid, 1973.